

señas de la mujer que la cuida y la orden para que durante mi ausencia te miren como si fueras su padre... Adiós, San Felice, añadió poniéndose en pie; puedes enorgullecerte de haberme prestado con tu asentimiento la única alegría, el solo consuelo que podía esperar en este mundo.

Los dos amigos se abrazaron como dos niños y lloraron como dos mujeres.

Al día siguiente el príncipe Caramanico salía para Londres, y la niña Luisa Molina se instalaba con su aya en la casa de la Palmera.

## CAPÍTULO XV

**Luisa Molina.**

En la mañana del día en que la niña Luisa Molina debía abandonar á Pórtici, el caballero San Felice, no queriendo sin duda confiar á nadie el desempeño de tan importante comisión, empezó á recorrer las tiendas de juguetes de la calle de Toledo, é hizo en ellas una abundante compra de carneros blancos, de muñecas articuladas que andaban solas y de polichinelas que daban el salto mortal; al ver al digno sabio entretenido en empaquetar aquellos inútiles objetos, cualquiera hubiese creído que se hallaba encargado por algún príncipe extranjero de reunir para sus hijos una colección completa de juguetes napolitanos. Pero no había tal cosa: toda aquella insólita adquisición estaba destinada á los placeres de la niña Luisa.

En seguida se procedió á los preparativos de mudanza. Destinóse á los nuevos huéspedes el más lindo cuarto de la casa, cuyas dos ventanas daban, una sobre el golfo, otra sobre el jardín. Junto á la

cama del aya se colocó uno de esos elegantes catrecitos de cobre dorado que tan bien fabrican en Nápoles; sobre la corona del catre se adaptó un mosquitero, construído bajo la inmediata dirección del mismo San Felice, cuyas medidas, tomadas geométricamente, debían inutilizar las más hábiles combinaciones de la gente alada, y cuyos transparentes pliegues debían defender á la niña de las picaduras de los cínifes.

Dióse orden á uno de estos pastores que, al empezar el día, pasean sus rebaños por las calles de Nápoles, haciendo subir las cabras hasta el quinto piso de los edificios, para que todas las mañanas se detuviese delante de la puerta. Se escogió en un rabaño una cabra blanca, la más hermosa de todas, para que diese las primicias de su leche á la niña Luisa, y la cabra elegida recibió acto continuo el mitológico nombre de Amaltea.

Por último, después de hechos cuantos preparativos se juzgaron necesarios á la distracción, bienestar y alimento de la niña, el caballero mandó á buscar un espacioso y cómodo carruaje, y tomó el camino de Pórtici.

El viaje se efectuó sin ningún accidente, y tres horas después de haber salido San Felice de Nápoles en dirección á Pórtici, la niña Luisa, con esa

alegría que todos los niños experimentan al cambiar la casa, tomaba posesión de su nuevo domicilio y se entretenía en vestir y desnudar una muñeca tan grande como ella, cuya colección de trajes era tan rica y variada como la de la Madona del Vescovalo.

Durante muchas semanas y muchos meses, el caballero olvidó todas las maravillas de la naturaleza, para no ocuparse más que del ser embelesador que tenía ante su vista; y en efecto: ¿qué valen un botón que brota, una flor que se entreabre ó un fruto que madura, junto á un joven cerebro que se desarrolla y adquiere á cada idea nueva, un rayo de luz que va á unirse al rayo adquirido la víspera? Ese progreso de la inteligencia del niño, que se verifica en razón directa del perfeccionamiento de los órganos, le dejaba algunas dudas respecto á la inmortalidad del alma, sometida al desarrollo orgánico de igual manera que la flor y el árbol están sometidos á la savia; del alma, que, por decirlo así, nace, se la ve crecer, adquirir sus facultades en la adolescencia, gozar de ellas en la edad madura, y luego perderlas poco á poco á medida que la vejez avanza y que los órganos se endurecen y se atrofian, así como las flores pierden su perfume y los frutos su sabor cuando la savia se

agota. Pero el caballero San Felice, como todos los grandes genios, había sido siempre algo panteísta, y su panteísmo era hasta psicológico: al hacer de Dios el alma del mundo, consideraba superflua el alma individual; y sin embargo, lo sentía, como sentía no tener las alas del ave para recorrer el espacio; mas no por eso guardaba rencor á la naturaleza, y se consolaba de que no hubiese dado al hombre esa economía celestial.

Obligado á abandonar *la continuidad* de la vida, San Felice se refugiaba en *sus transformaciones*. Los egipcios ponían un escarabajo en el sepulcro de sus muertos queridos. Y ¿por qué lo hacían? porque el escarabajo, de igual modo que la oruga, muere tres veces y renace otras tres.

Dios, en su bondad infinita, ¿habrá hecho menos por el hombre que por el insecto? Este era el grito de aquel pueblo cuyos individuos, envuelto en bandas sagradas, han atravesado los siglos á la sombra de sus numerosas necrópolis.

Pero el caballero San Felice se dirigía á sí mismo una pregunta, que yo también me dirijo y que seguramente se habrán dirigido muchos de mis lectores: ¿se acuerda la oruga del huevo, la crisálida de la oruga, la mariposa de la crisálida? Y para recorrer por completo el círculo

de las metamorfosis, ¿se acuerda, por último, el huevo de la mariposa?

¡Ay! no es probable: Dios, no habiendo dado á los animales el orgullo del recuerdo, tampoco ha querido dárselo al hombre. Desde el momento en que el hombre se acordase de lo que había sido antes de tener figura humana, sería inmortal, sería un semidios.

Mientras el caballero San Felice se entregaba á estas reflexiones, Luisa crecía, y sin echarlo de ver había aprendido á leer y á escribir: y á fin de que se soltara á hablar inglés y francés, el caballero la había dicho que no respondería á nada de lo que le preguntase, como no lo hiciera en alguno de aquellos idiomas; Luisa, que era muy curiosa, y por consiguiente muy aficionada á saber el por qué de cuanto se presentaba á sus ojos, progresó rápidamente, aguijada por la curiosidad, y pronto supo, no sólo preguntar, sino responder en ambas lenguas.

Gracias al sistema de San Felice, que le daba explicaciones al alcance de su tierna inteligencia, su educación avanzaba, sin que ella misma se diese cuenta de ello, y aprendía otras muchas cosas, aumentando insensiblemente el caudal de sus conocimientos. ¿Se trataba de astronomía? Luisa sabía cuanto necesita saber una mujer. La luna parece

tener particular afición al golfo de Nápoles, sin duda porque, más dichosa que la oruga, el escarabajo y el hombre, se acuerda de haber sido en otro tiempo hija de Júpiter y de Latona, de haber nacido sobre una isla flotante, de haberse llamado Febea y de haber estado enamorada de Endimión, y porque, siendo coqueta y presumida á fuer de mujer, no encuentra en toda la tierra un espejo más límpido en que mirarse.

Pues bien; la luna, que la niña Luisa llamaba la lámpara del cielo, preocupaba sobremanera su espíritu infantil; cuando estaba en su plenitud, creía ver ella una cara, y cuando disminuía, preguntaba si había ratones en el cielo, y si estos ratones roían allá arriba la luna así como un día habían roído el queso en la despensa.

Entonces el caballero San Felice, contentísimo de poder hacer á un niño una demostración científica, y queriendo hacerla de modo que estuviese en armonía con su edad, se puso á construir un modelo en grande de nuestro sistema planetario; una vez concluido, le enseñó la luna, nuestro satélite, diciéndole que era cuarenta y nueve veces más pequeña que la tierra, y en un minuto le hizo recorrer al rededor de nuestro globo el periplo y la revolución que al mismo tiempo efectúa sobre sí misma,

y en los cuales emplea veintisiete días, siete horas y cuarenta y tres minutos; demostróle que en ese periplo se aproximaba y se alejaba alternativamente de nosotros, que el punto más lejano de su órbita se llamaba *apogeo*, y *perigeo* el más próximo, y que cuando se hallaba en el primer caso distaba de la tierra noventa y un mil cuatrocientas diez y ocho leguas, reduciéndose esa distancia á ochenta mil setenta y siete cuando entraba en el segundo. Explicóle también que siendo la luna como la tierra un cuerpo opaco, y no teniendo más luz que la que refleja del sol, no podemos distinguir sino la parte alumbrada por los rayos solares, desapareciendo á nuestra vista aquella en que la tierra proyecta su sombra, y de ahí el que la veamos bajo diferentes fases; le enseñó que aquel rostro, que Luisa creía ver cuando la luna se hallaba en su plenitud, no era otra cosa que los accidentes del terreno lunar, esto es, la sombra reconcentrada en las cuencas de sus valles y la luz que reflejaban las crestas de sus montes; por último, le hizo observar sobre un gran plano de nuestro satélite que acababan de construir en el observatorio de Nápoles, que lo que á ella le parecía la barba de la luna no era sino un volcán que en tiempos muy remotos arrojaba llamas, como el Vesubio, y que se había apagado, de igual modo

que el Vesubio se apagará algún día. La niña le comprendía bien á la primera demostración; pero seguía preguntando, y, á la segunda ó tercera, la luz penetraba al fin en su joven alma.

Cierto día en que la criada había comprado polvos de tripoli para limpiar su cofrecito de cobre, Luisa vió al caballero ocupado en examinar al microscopio aquel polvo rojizo; entonces se acercó á él de puntillas y le preguntó:

— ¿Qué estás haciendo ahí, San Felice?

— ¡Y decir, respondió el caballero como hablando consigo mismo, decir que se necesitarían para formar un grano de peso ciento ochenta y siete millones de estos infusorios!

— ¿Ciento ochenta y siete millones de qué? preguntó la niña.

Esta vez la demostración era grave; el caballero colocó á la niña sobre sus rodillas y le dijo:

— Escucha, Luisita: la tierra no había sido siempre lo que es hoy día, esto es, que no siempre ha estado alfombrada de hierba, cubierta de flores y sombreada por los granados, los naranjos y las adelfas. Antes que la habitaran el hombre y los animales que ves, estuvo primero cubierta de agua, después de grandes helechos y luego de palmeras gigantescas. Y así como las casas no han brotado solas, sino que ha

sido menester construirlas, de igual manera Dios el gran arquitecto de los mundos, tuvo también necesidad de construir la tierra. Para hacer una casa, nosotros empleamos piedras, cal, yeso, arena y tejas; para hacer nuestro globo, Dios empleó diferentes elementos entre los cuales figura uno compuesto de animáculos imperceptibles que tienen concha como las ostras, y corazas como las tortugas. La aglomeración de estos animáculos ha formado masas tan enormes como la gran cadena de montañas del Perú llamada las Cordilleras; los Apeninos de la Italia, cuyas últimas cimas ves allá lejos, están formados de sus despojos, y los fragmentos impalpables de sus conchas producen ese polvo rojizo que sirve para limpiar el cobre.

Y señaló hacia las perillas del catre que en aquel momento frotaba la criada.

Otro día, viendo un hermoso árbol de coral que un pescador de Torre-del-Greco acababa de traer al caballero, la niña preguntó por qué el coral tenía ramas y no tenía hojas.

Entonces el caballero le dijo que el coral no era una vegetación natural, como ella creía, sino una composición animal. Con gran asombro de la niña, le refirió que aquellas ramas, que en un principio chupan y ramonean los peces, las forman millares

de pólipos cacticíferos con la cal que la violencia de las olas arranca de las peñas, y que poco á poco se afirman y coloran de ese vivo encarnado al cual comparan los poetas los labios de la mujer; que un animáculo llamado *vermilia*, cuya estructura le haría ver al microscopio, constrúa, rellenando el vacío que dejaban entre sí las madreporas y los corales, una calzada alrededor de Sicilia, mientras que otros animáculos, entre ellos los *tubiporos*, formaban en Oceanía islas de treinta leguas de circunferencia unidas entre sí por bancos de arrecifes, los cuales concluirían por detener las olas é interceptar la navegación.

Estos ejemplos bastarán para dar una idea de cuál sería la educación que la niña Luisa Molina recibió de su infatigable y sabio maestro; gracias al método racional de seguir en la enseñanza los sucesivos progresos de su inteligencia, tuvo la explicación clara y precisa de todo lo que puede explicarse, y no guardó en su cerebro ninguna de las nociones vagas y tenebrosas que inquietan y turban el alma de los adolescentes.

Y según San Felice había prometido á su amigo, creció robusta y flexible como la palmera á cuyo pie tenían lugar casi siempre aquellas explicaciones. El caballero San Felice seguía una corres-

pondencia continuada con el príncipe Caramanico; mandábale noticias de Luisa dos veces al mes, y en cada carta de su tutor la niña ponía un párrafo para su padre.

Hacia el año de 1790, el príncipe Caramanico pasó de la embajada de Londres á la de París; pero cuando los realistas entregaron el puerto de Tolón á los ingleses y cuando el gobierno de las Dos Sicilias envió tropas contra Francia, aunque sin declararse aliado de M. Pitt, Caramanico, demasiado leal para aceptar la posición en que se le colocaba, pidió que le llamasen á Nápoles. El ministro Actón, que de ningún modo quería su regreso, le hizo entonces nombrar virrey de Sicilia, en reemplazo del marqués Caraccioli que acababa de morir.

Caramanico se dirigió á su nuevo puesto sin pasar por Nápoles.

La superior inteligencia y la bondad natural del príncipe, aplicadas al gobierno de aquella hermosa isla, tardaron muy poco en operar allí verdaderos milagros, precisamente en el momento en que Nápoles, obedeciendo á la funesta influencia de Actón y de Carolina, marchaba á grandes pasos hacia el precipicio; sus prisiones rebosaban de ciudadanos ilustres, la junta de Estado reclamaba la ley del tormento, abolida desde la edad media, y las cabezas de

Manuel de Deo, Vitaliano y Gagliani, de tres niños como quien dice, rodaban por las gradas del cadalso.

Así es que los napolitanos, al comparar el sistema de terror en que vivían y las leyes de proscripción y de muerte que á cada paso los amenazaban con la felicidad de los sicilianos y con las leyes protectoras y paternas que los regían, no atreviéndose á acusar á la reina, acusaban al ministro, y echando sobre el extranjero la culpa de aquella insufrible tiranía, no ocultaban su deseo de que el príncipe Caramanico reemplazase á Actón, así como Actón le había reemplazado algunos años antes.

Y no faltaba quien afirmase que la reina, movida por el dulce recuerdo de su primer amor, secundaba los votos de los napolitanos, y que ella misma llamaría á Caramanico si un resto de mal entendida vergüenza no se lo impidiese.

Tal cuerpo tomaron estos rumores, que hubo un instante en que pudo creerse que en Nápoles había un pueblo y que la voz de ese pueblo pesaba en los destinos del país. Así se hallaban las cosas, cuando el caballero San Felice recibió de su amigo una carta concebida en estos términos :

« Amigo mío :

» No sé lo que me sucede, pero, desde hace algu-

uos días, mis cabellos se encanecen y abandonan mi cabeza, mis dientes tiemblan en las encías y se desprenden de sus alvéolos ; una languidez invencible, un abatimiento supremo me invade... ¿ Voy á morir? Tan pronto como recibas esta carta, ponte en camino con Luisa, y apresúrate si quieres encontrarme vivo.

Tuyo,

José.

Esto pasaba hacia fines de 1795 ; Luisa tenía diez y nueve años y hacía catorce que no veía á su padre, cuyo cariño recordaba, aunque no sus facciones ; la memoria de su corazón había sido más fiel que la de sus ojos.

San Felice no quiso revelar en un principio el verdadero estado de su padre, y únicamente le dijo que se hallaba algo malo y que deseaba verla ; en seguida corrió al muelle en busca de pasaje. Por fortuna, uno de esos barcos ligeros llamados *speronave*, que entonces hacían la travesía entre Nápoles y Sicilia, estaba para darse á la vela ; el caballero le fletó por un mes, á fin de no tener que ocuparse del regreso, y en aquel mismo día partió con Luisa.

Todo contribuyó á facilitar aquel triste viaje ; el tiempo fué bonancible y el viento propicio. Al cabo

de tres días de navegación, el buque echó el ancla en el puerto de Palermo.

Cuando el caballero y Luisa pusieron el pie en la ciudad, se les figuró que entraban en una necrópolis; una atmósfera de tristeza se respiraba en sus calles, y aquella población que se ha dado á sí misma el nombre de *la feliz*, parecía como envuelta en un velo de luto.

En una encrucijada, les cerró el paso una muchedumbre que llevaba procesionalmente á la catedral la urna de Santa Rosalía.

Y al llegar frente á una iglesia, la vieron colgada de negro y oyeron rezar en ella las preces de los agonizantes.

San Felice se dirigió á un hombre que entraba en la iglesia.

— Decidme, amigo mío, le preguntó; ¿qué ocurre? ¿ Por qué ese aire de angustia y desesperación que miro en todos los semblantes?

— ¿ No sois siciliano? respondió el hombre.

— No, soy de Nápoles, de cuyo punto acabo de llegar.

— ¡ Pues lo que hay es que nuestro padre se muere! repuso el desconocido.

Y el pobre hombre, no pudiendo entrar en la iglesia á causa de la mucha gente que la llenaba, se

arrodilló en la gradería del pórtico, y exclamó en voz alta golpeándose el pecho:

— ¡ Santa Madre de Dios! ¡ si la vida de un pobre pecador como yo puede rescatar la de nuestro amado virrey ofrécesela á tu Divino Hijo!

— ¡ Oh! exclamó Luisa; ¿ oyes, amigo mío? esas preces son por mi padre, por mi padre que se está muriendo... ¡ Corramos! ¡ corramos!